REFLEXIONES COVID-19
LA MIRADA DE LAS FACULTADES
Educación - Centro de Formación del Profesorado

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

POR JUAN LUIS FUENTES
Delegado del Decano para Relaciones Comunitarias, Participación y Cooperación. Departamento de Estudios Educativos

TRIBUNA COMPLUTENSE
GABINETE DE COMUNICACIóN

LA EDUCACIÓN TRAS LA PANDEMIA: LECCIONES DEL CONFINAMIENTO

Tras algunos de los momentos más trágicos de la historia, la educación, en cuanto que pilar fundamental de las sociedades, se ha visto afectada de manera profunda, no solo en su estructura y articulación, sino también en la propia esencia de lo que significa educar. En las décadas posteriores a la segunda guerra mundial, ocurrieron dos hechos significativos. Por un lado, se produjo un consenso sobre la necesidad de reconocer una serie de derechos universales, que las personas poseerían por el hecho de ser humanos, entre los cuales se encontraba precisamente la educación. Sin embargo, los trágicos acontecimientos de la primera mitad del siglo XX motivaron también cierta desconfianza por los principios e ideales y, por tanto, por su transmisión. El escepticismo pareció ser la mejor protección, la actitud más prudente o el dique de contención ante los autoritarismos que se erigían sobre utópicos principios, lo que se trasladó rápidamente al sistema educativo, sospechoso de ser utilizado como transmisor de las intolerancias ante el diferente.

El año 2020 será recordado por la crisis sanitaria de la COVID-19, una tesitura inédita en nuestra historia reciente de dimensión planetaria que puede suponer la transformación de algunos elementos educativos relevantes, así como el reenfoque de la atención sobre otros que se encontraban relegados a lugares secundarios.

Quizá el más evidente es la reconsideración del centro educativo como espacio de socialización y de encuentro. Más allá de ser el lugar en el que se produce la alfabetización o se facilita la conciliación, se aprecia hoy su valor como el espacio en el que, junto a la familia, aprendemos a relacionarnos con los otros, no por casualidad, ni por criterios económicos de agrupamiento, sino por el valor formativo del contacto con los demás. El hecho de que la cancelación de las clases fuera una de las primeras medidas en aplicar, antes incluso del estado de alarma, pone de relevancia las dos caras del encuentro con los otros, como amenaza para la transmisión de la enfermedad, y como necesidad humana de vivir con los otros, lo que no es solo un requisito para sobrevivir, sino también para vivir dignamente, como Víctor de Aveyron nos enseñó.

En segundo lugar, es posible aprender algunas lecciones referentes a los contenidos del curriculum educativo. Derivada de lo anterior, se encuentra la importancia del vivir juntos, en comunidad, lo que supone tanto el reconocimiento de nuestra interdependencia, a nivel global y local, como de nuestra humana fragilidad, que se supera parcialmente mediante la fuerza de la cooperación. Esto puede hacerse tanto de manera directa, mediante el estudio de situaciones humanas en las que la convivencia y la colaboración de los individuos ha supuesto un elemento imprescindible para avanzar el conocimiento científico, afrontar situaciones injustas y reclamaciones de derechos o solventar emergencias sociales, como ocurre en la actualidad, pero también a través de la utilización de metodologías basadas en la cooperación y en el aprendizaje por proyectos, en las cuales los estudiantes requieren de la participación necesaria de todos los miembros del grupo sin excepción para conseguir un objetivo compartido.

En este sentido, la idea de lo comunitario es también otro elemento que, recordando la concepción platónica de la educación, convendría que obtuviera un mayor relieve en el curriculo, para lo cual es necesaria cierta formación política en las aulas, no ideológica, sino de los principios que rigen una justa y prudencial organización de lo posible. Reconocer la vinculación de los intereses individuales y grupales y la necesidad de un compromiso con lo común, lo de todos, como parte de la responsabilidad de cada persona, se erige hoy más que nunca como un objetivo educativo ineludible. Para ello, es necesario cambiar algunas concepciones sobre la infancia y la adolescencia como meras etapas preparatorias, como adultos en construcción o futuros ciudadanos. Formar para el compromiso cívico es una tarea que debe realizarse precisamente asumiendo responsabilidades cívicas, participando activamente en la sociedad, comprendiendo sus problemáticas y actuando para transformarlas. Analizar el ejemplo del personal sanitario que antepone el bienestar común al suyo propio, poniendo en riesgo su propia salud, es una actividad cognitiva y emocional que será pertinente en las aulas, pero junto a ello, es necesario que los educadores inviten a los estudiantes a poner en práctica tales principios, como diría Aristóteles, a salir del centro y a implicarse en tareas que supongan un beneficio directo para la sociedad.

En cuarto lugar, es ineludible concentrar esfuerzos en la formación científica de nuestros alum-

nos. Esto no supone una novedad, pero la crisis sanitaria nos proporciona razones renovadas que se unen a la evidente barrera que la ciencia puede ejercer ante amenazas biológicas. Por un lado, la conveniencia de una concepción global e interrelacionada de las materias, donde resulta muy actual el ejemplo de la tensión entre la economía y la salud pública, pero también el de éstas con la libertad y la seguridad, que no pueden concebirse de manera separada sino interdependiente. Por otro lado, la vinculación entre la formación científica y el desarrollo intelectual y, más específicamente, sobre capacidades como el pensamiento crítico, antídoto ante la proliferación de bulos y fake news, que distorsionan y sesgan la comprensión de la realidad. Y, junto a ello, la formación científica de nuestros estudiantes debe sentar las bases de la transformación del modelo productivo actual, en buena medida dependiente del turismo, con graves repercusiones para el abandono escolar.

En quinto lugar, parece también evidente la necesidad de una formación del profesorado, inicial y permanente, en el uso de la tecnología, no solo de carácter instrumental, sino también en lo que concierne a los riesgos que ésta lleva aparejados, como la brecha digital, y las posibles soluciones para afrontarlos. Esto resulta fundamental para la igualdad de oportunidades que debe promover el sistema educativo, pues no puede olvidar a quienes carecen de la posibilidad de trasladar el aula a su casa mediante Tablets, ni quienes no encuentran en su entorno cercano la biblioteca y el apoyo necesario del que tanto depende su futuro. Por ello, la formación tecnológica no es solo digital, sino también social y debe ir acompañada de medidas que permitan el acceso a las nuevas formas de alfabetización, especialmente en tiempos de aislamiento.

Y finalmente, se pone de nuevo de manifiesto la importancia de un giro ético en la educación. Valores como la solidaridad, la responsabilidad, la generosidad, la amistad, el agradecimiento, la paciencia, la fortaleza, la valentía o el cuidado de los más frágiles -los enfermos, los mayores-, parecen hoy más importantes que nunca para la convivencia social y al mismo tiempo es más evidente su escasa presencia en el curriculo. En algunos casos, la justificación de esta ausencia se encuentra en su restricción al ámbito privado, originando así una significativa paradoja, pues precisamente su presencia resulta imprescindible en el espacio social y constituye un requisito para la convivencia. La formación ético-cívica nos otorga criterios para atribuir a las cosas la importancia que realmente

tienen, nos anima a esforzarnos por aquello que vale la pena, facilita reconocer que vivir bien no significa necesariamente vivir deprisa, tener muchas experiencias o interactuar con miles de personas. Más bien, como señalaba Baltasar Rufián en el Siglo de Oro, nos ayuda a "Saber un poco más; y vivir un poco menos", asombrarnos ante lo bello y lo bueno, disfrutar del juego al aire libre y habitar los espacios abiertos, leer sosegadamente perdiendo la noción del tiempo, pensar sobre uno mismo paseando en búsqueda de horizontes de sentido que orienten los momentos difíciles y nos ayuden a combatir las psicopatologías que parecen amenazar nuestra existencia.